

The Four Last Things: Hell

Death, judgement, heaven, hell. Of these four, there is only one, perhaps, that is easy to talk about, or perhaps it is better to say that it is pleasant to talk about. To talk of heaven is still no easy task; in the words of Abbot Placid of Belmont Abbey, no one has gone there and come back to talk about it. This idea is augmented somewhat by the words of St. Paul, who said that eye has not seen, nor ear heard, nor has it so much as dawned upon the mind of man what awaits those who are faithful to God. So to speak of heaven is pleasant, but it is not easy, for it is beyond our comprehension. Heaven, however, we leave for next week. This week, we look to its counterpart, its opposite, that of the Four Last Things which is supremely difficult to talk about and even more greatly unpleasant. This week, we consider the nature of hell.

Hell is among the things that postmodernity has tried to wipe from view, just as it has cast out death and judgement, likely for the same reason: it is no fun to think of these things. Rather than accepting that we are made in God's image, the postmodern ideal is a God made in our image, a God who wants us to have fun and live it up and who understands if it's just beyond us to follow all those "rules," which were probably made up by men anyway, right? If God has been reduced to such a small and small-minded creature who is happy to let us carry on however we want, then heaven becomes a continuation of that earthly bacchanalia and hell is reduced to a medieval myth, an ancient boogeyman used to scare the ignorant into submission at the hands of a Church which sought to control them. If this is the manner of things, then there can be no consequences to our actions. The problem with this is that if there are no consequences to our actions, this means there is no meaning to them, and if there is no meaning, it is as if there is no God. If the postmodern has rejected hell it is precisely because the postmodern has rejected God.

God did not make hell, however, and God does not send anyone to hell, and we should not even speak of hell as though it were a place. It is not a physical, geographical, locatable place. It is a state of being, just as heaven is, and this is where it begins to get difficult to talk about. It is difficult partly because we think in terms of time and space, of events passing and of geography, because this is how created reality is structured and how we are capable of perceiving it. Heaven and hell are states of being which are outside of time, a phrase which barely makes sense to those of us within in time. "Eternity" does not simply mean "a very, very, very long time," as though a stopwatch started at the beginning of eternity would run forever; it rather means "timelessness" or "without time," as though a stopwatch started at the beginning of eternity would simply throw up its hands (pun intended) and not be able to measure anything.

It is further difficult to think of hell because we have been culturally conditioned to think of it as a big fiery pit full of red and scaly figures who punish the wicked by poking them with pitchforks as they burn. This imagery is just as pervasive in our popular culture as the notion that everyone in heaven is a white-robed angel, sitting on a cloud, plucking a harp (an image which is as incorrect as it is widespread). For one of the better attempts at imagining hell, we might consult the *Inferno* of Dante, which displays increasingly painful tortures for increasingly disordered sins, with the sins of passion in the highest part of hell, for they are committed with less malice and more weakness, all the way down to the increasingly depraved forms of betrayal found in the very bottom of it. Dante's hell is not always hot—Satan himself is seen to be buried up to his waist in ice, with each flap of his wings making it infinitely colder. This is because the love of God is depicted all throughout Scripture in terms of warmth, and so hell would be the opposite of this—a state which lacks love, and so one which is torturously cold.

What hell really is flows from the radical possibility of us using our free will badly. God gave us free will so that we might choose him, but he respects that free will—to do otherwise would contradict his nature and ours. He will entice and he will attempt to attract and he will suggest that we embrace him, but he will not force us. The choice is ours. If we use our free will rightly and choose God, we get what we ask for. If we use our free will wrongly and choose that which is not God—and ultimately, this means choosing only the self—we get what we ask for. Think of everything in your life that has any meaning, everything which anyone else gave you, loaned to you, endowed for you with joy. Now imagine all of that taken away. Love gives meaning, love gives life. Love requires a lover and a beloved, and the ultimate Lover and Beloved, God himself. Take away all the loves in your life to whatever degree and in whatever form, take away all the ways in which they adorn your days with pleasures and joys and the vision of God to even the slightest degree. Take it all away so that all that is left is yourself, and all that you gave yourself, and nothing that anyone else gave you. This is what hell consists of, and it is a cold existence indeed.

La muerte, el juicio, el cielo, el infierno. De estos cuatro, tal vez solo haya uno del que sea fácil hablar, o tal vez sea mejor decir que es agradable hablar del mismo. Hablar del cielo todavía no es tarea fácil; en palabras del Abad Placid de Belmont Abbey, nadie ha ido allí y ha vuelto para hablar de ello. Esta idea se ve aumentada un poco por las palabras de San Pablo, quien dijo que el ojo no ha visto, ni el oído oyó, ni siquiera ha captado en la mente del hombre lo que espera a los fieles a Dios. Por así decirlo, el cielo es agradable, pero no es fácil, porque está más allá de nuestra comprensión. El cielo, sin embargo, lo dejamos para la semana que viene. Esta semana, miramos a su contraparte, su opuesto, el de las Cuatro Últimas Cosas de las que es sumamente difícil hablar y aún más desagradable. Esta semana, consideramos la naturaleza del infierno.

El infierno es una de las cosas que la posmodernidad ha tratado de borrar de la vista, al igual que ha expulsado la muerte y el juicio, probablemente por la misma razón: no es divertido pensar en estas cosas. En lugar de aceptar que fuimos hechos a la imagen de Dios, el ideal posmoderno es un Dios hecho a nuestra imagen, un Dios que quiere que nos divirtamos y lo vivamos y que entienda si está más allá de nosotros seguir todas esas "reglas" que probablemente fueron inventados por hombres de todos modos, ¿verdad? Si Dios se ha reducido a una criatura tan pequeña y mezquina que se alegra de dejarnos seguir como queramos, entonces el cielo se convierte en una continuación de esa bacanal terrenal y el infierno se reduce a un mito medieval, que un antiguo hombre del saco solía asustar los ignorantes en la sumisión a manos de una Iglesia que buscaba controlarlos. Si esta es la manera de las cosas, entonces nuestras acciones no pueden tener consecuencias. El problema con esto es que si nuestras acciones no tienen consecuencias, esto significa que no tienen sentido, y si no tienen sentido, es como si Dios no existiera. Si el posmoderno ha rechazado el infierno es precisamente porque el posmoderno ha rechazado a Dios.

Sin embargo, Dios no creó el infierno, y Dios no envía a nadie al infierno, y ni siquiera deberíamos hablar del infierno como si fuera un lugar. No es un lugar físico, geográfico, localizable. Es un estado del ser, al igual que el cielo, y aquí es donde comienza a ser difícil hablar de él. Es difícil en parte porque pensamos en términos de tiempo y espacio, de sucesos que pasan y de geografía, porque así se estructura la realidad creada y somos capaces de percibirla. El cielo y el infierno son estados del ser que están fuera del tiempo, una frase que apenas tiene sentido para quienes estamos dentro del tiempo. "Eternidad" no significa simplemente "un tiempo muy, muy, muy largo", como si un cronómetro puesto en marcha al comienzo de la eternidad funcionaría para siempre; más bien significa "atemporalidad" o "sin tiempo", como si un cronómetro iniciado al comienzo de la eternidad simplemente levantara las manos y no pudiera medir nada.

Es más difícil pensar en el infierno porque hemos sido condicionados culturalmente para pensar en él como un gran pozo de fuego lleno de figuras rojas y escamosas que castigan a los malvados pinchándolos con horquillas mientras queman. Esta imagen es tan omnipresente en nuestra cultura popular como la noción de que todo el mundo en el cielo es un ángel vestido de blanco, sentado en una nube, tocando un arpa (una imagen que es tan incorrecta como generalizada). Para uno de los mejores intentos de imaginar el infierno, podríamos consultar el *Inferno* de Dante, que muestra torturas cada vez más dolorosas por pecados cada vez más desordenados, con los pecados de la pasión en lo más alto del infierno, pues se cometen con menos malicia y más debilidad, hasta las formas de traición cada vez más depravadas que se encuentran en la parte más baja. El infierno de Dante no siempre es caliente: se ve al mismo Satanás enterrado hasta la cintura en hielo, con cada aleteo de sus alas haciéndolo infinitamente más frío. Esto se debe a que el amor de Dios se describe en todas las Escrituras en términos de calidez, por lo que el infierno sería lo opuesto a esto: un estado que carece de amor y, por lo tanto, es tortuosamente frío.

Lo que realmente es el infierno surge de la posibilidad radical de que usemos mal nuestra voluntad libre. Dios nos dio la voluntad libre para que pudiéramos elegirlo, pero él respeta esa voluntad libre; hacer lo contrario contradeciría su naturaleza y la nuestra. Atraerá e intentará convencer y sugerirá que lo abracemos, pero no nos obligará. La elección es nuestra. Si usamos nuestra voluntad libre correctamente y elegimos a Dios, obtenemos lo que pedimos. Si usamos nuestra voluntad libre incorrectamente y elegimos aquello que no es Dios —y, en última instancia, esto significa elegir solo el yo— obtenemos lo que pedimos. Piensa en todo lo que en tu vida tenga algún significado, en todo lo que alguien más te haya dado, prestado, dotado de alegría para ti. Ahora imagina que te quitan todo eso. El amor da sentido, el amor da vida. El amor requiere un amante y un amado, y el Amante y Amado supremo, Dios mismo. Quitá todos los amores de tu vida en cualquier grado y en cualquier forma, quita todas las formas en que adornan tus días con placeres y alegrías y la visión de Dios hasta en el más mínimo grado. Quítelo todo para que todo lo que quede sea usted mismo, y todo lo que se dio a sí mismo, y nada de lo que nadie más le dio. En esto consiste el infierno, y en verdad es una existencia fría.